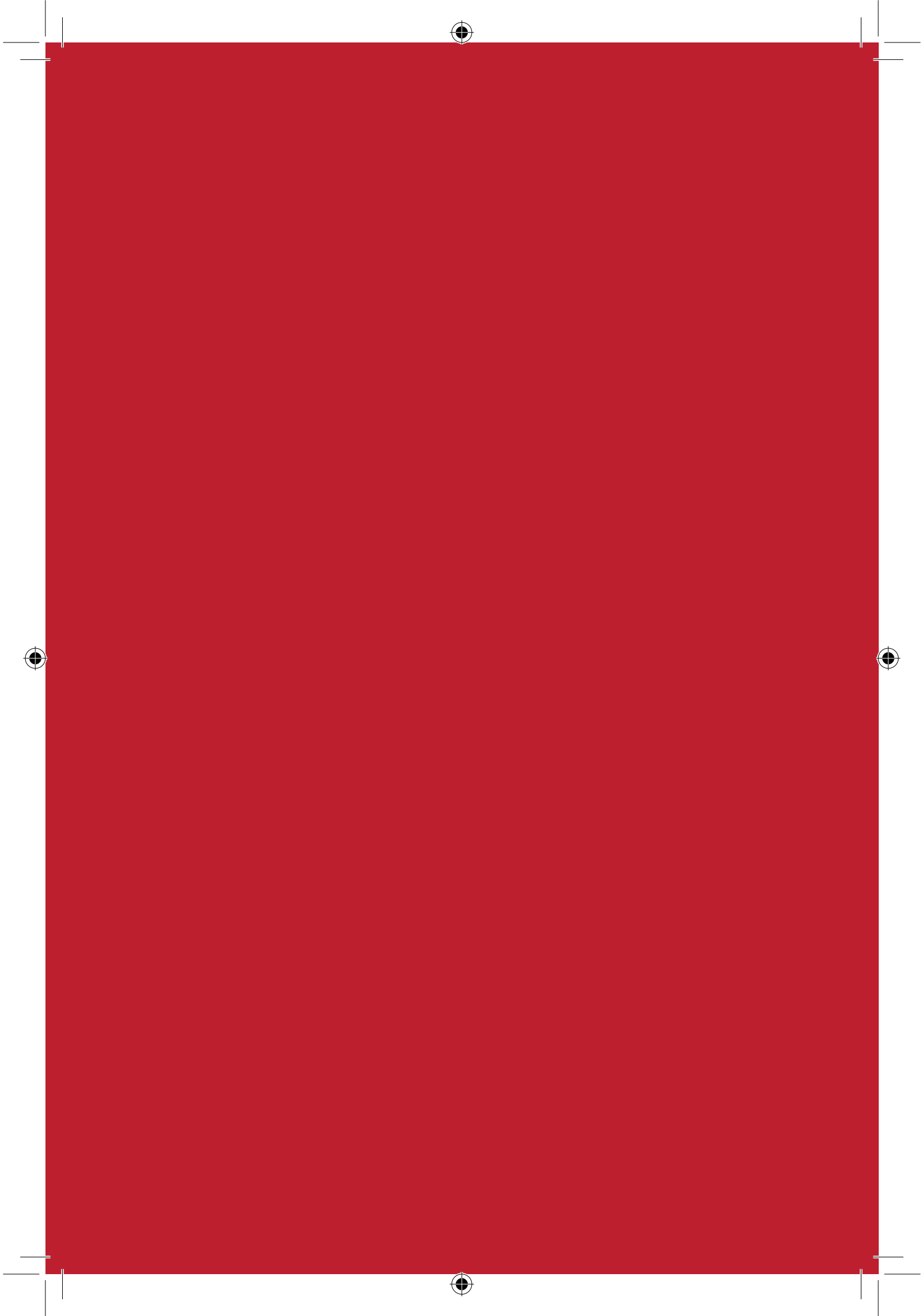
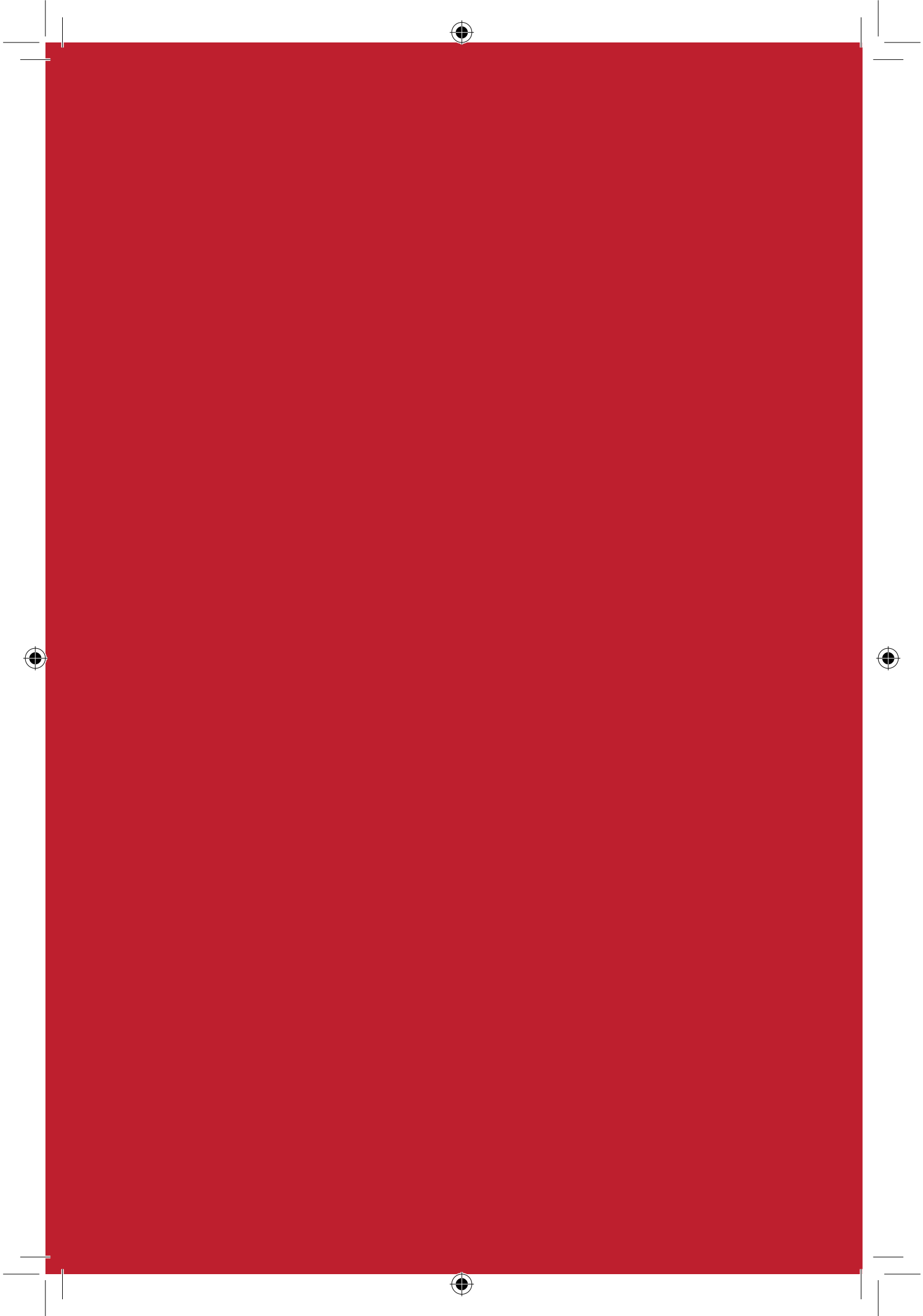
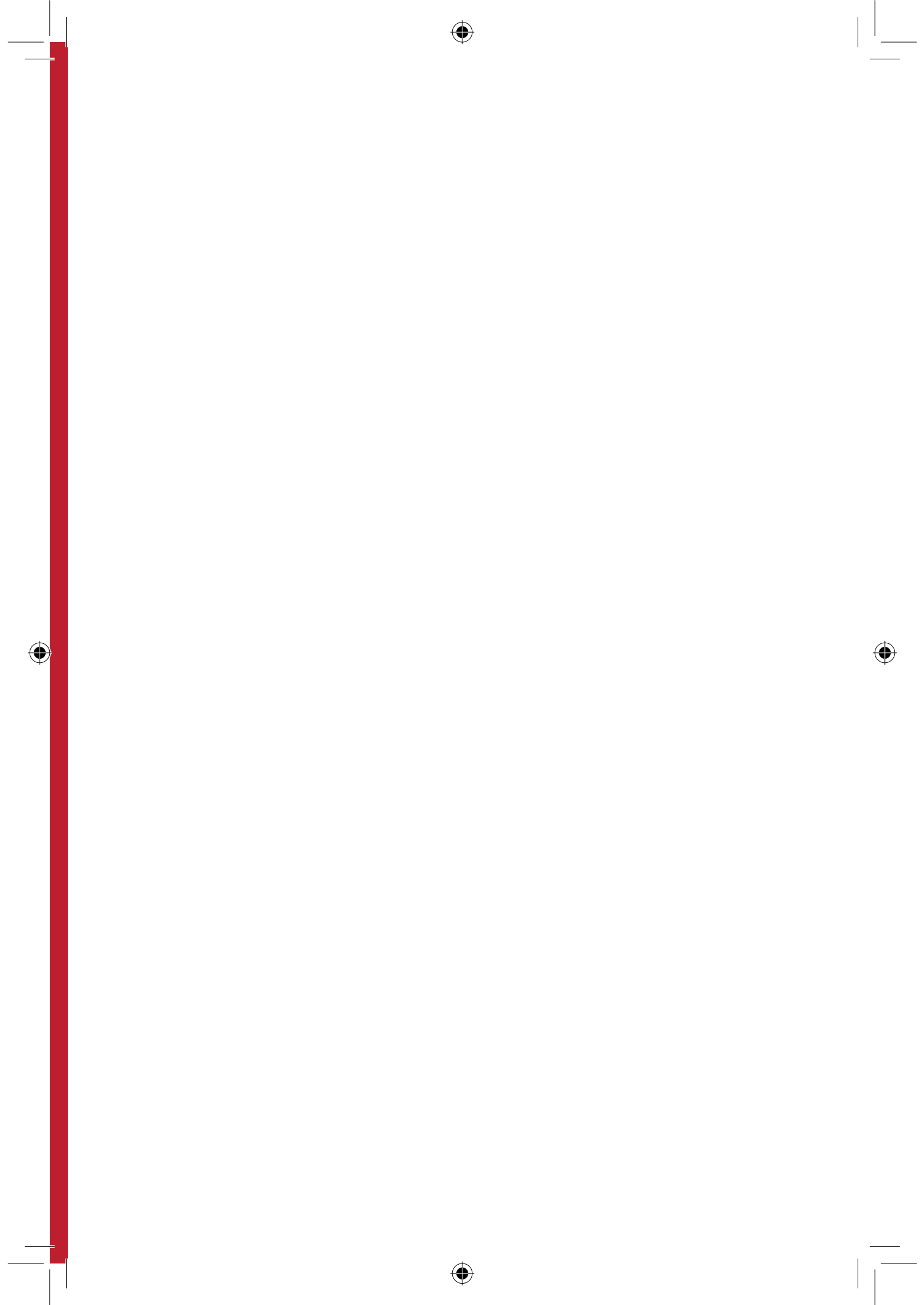
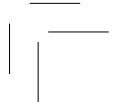
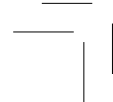






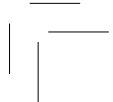
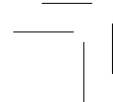






EL MOVIMIENTO EN LA CRISÁLIDA





CATALINA NAVAS

EL MOVIMIENTO
EN LA CRISÁLIDA



Primera edición: mayo, 2025

© del texto: Catalina Navas, 2022

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2025

Ilustración de cubierta: Catalina Navas

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Kadmos, S. C. L.

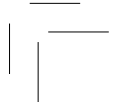
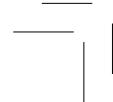
Impreso en España – Printed in Spain

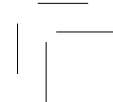
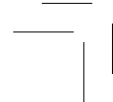
ISBN: 978-84-10234-14-7

Depósito legal: M-7112-2025

Thema: FBA

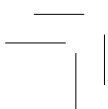
Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

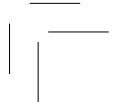
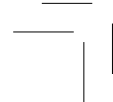




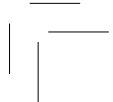
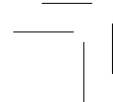


En memoria de Bernardo López Rueda





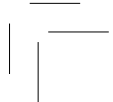
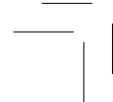




UNO

El huevo de la naturaleza, como me llaman,
conocido por la mayoría de los sabios.
Como dragón viejo, como anciano, estoy lejos y cerca.
Emprendo fácilmente el vuelo, a no ser que se me ate con
mesura.
Tengo múltiples formas, colores y figuras.

Theoria Philosophiae Hermeticae



Saco fotos, cartas, postales, papeles y recortes de una caja de cartón: son las cosas que mandé a Bogotá desde que me fui. Hay también una bolsa plástica llena de recibos, programas de conciertos, exámenes médicos y dibujos: son los papeles que conservé durante mis años en el exilio. A mi izquierda, lo que envié por correo postal; a mi derecha, las cosas que yo mismo guardé para no olvidar. Los papeles viejos están amarillos y tiesos, los nuevos dejan tinta en la punta de los dedos si los aprieto duro. Mi hermana y yo pequeños, en un balcón que no recuerdo, en el año 73; el tiquete de avión que me trajo de regreso hace unos meses: 14/07/92, asiento 14C.

Agarro de la bolsa plástica un cuadernillo impreso a lo barato, un folleto de Act Up! En las páginas interiores veo la imagen borrosa de un hombre flaco: está trepado en el segundo piso de un edificio, en la cornisa de un gran ventanal donde cuelga un pendón. La imagen de ese hombre flaco viajó desde el pasado, pasó por la lente de alguien, fue revelada en un cuarto oscuro en Nueva York y terminó su recorrido en el clóset de mi mamá en Bogotá. La imagen hace su viaje hacia el futuro y yo voy al pasado a encontrarme con

un tiempo que ya no existe. En la mitad nos cruzamos. Es el tiempo raro de la memoria y de las cosas que la contienen.

A ese hombre lo conocería más tarde en las reuniones de Act Up!, en las acciones y en las aceras de las manifestaciones. Nos haríamos amigos y luego nos distanciáramos. El pendón tiene en el centro un triángulo rosado con la punta hacia arriba. Escogieron el triángulo como símbolo porque los prisioneros homosexuales de los campos de concentración fueron obligados a usarlo durante la Segunda Guerra Mundial. Nosotros le dimos la vuelta: la insignia de los campos de concentración apuntaba al suelo; el triángulo del pendón, hacia arriba.

Quisimos pensar que era un gesto significativo darle la vuelta a la figura rosada, girarla, invertirla, negar su forma original. El triángulo con la punta hacia abajo señalaba el suelo, el exterminio, el olvido; el triángulo con la punta hacia arriba apuntaba al cielo y era una afirmación de vida. ¿Por qué nos fijábamos tanto en las formas, en los significados de las palabras y las figuras si a veces nos parecía que teníamos la muerte encima? No sé.

El hombre en el folleto había recibido, al igual que yo, una prueba positiva para VIH.

Cientos de personas protestaban ese día frente a las oficinas de la Federal Food and Drug Administration porque las investigaciones para encontrar una cura al virus avanzaban a un ritmo vergonzoso, porque la organización tardaba años en expedir una licencia de comercialización y porque las universidades investigaban sobre la calvicie o la diabetes, pero desdeñaban la comprensión del virus. Mientras los nombres de los compuestos químicos que podían salvarnos la vida se

perdían en pilas de papeles arrumadas en las oficinas de los burócratas, nosotros moríamos como bichos fumigados con Baygon. Hay más compuestos químicos en el mundo para matar insectos, para mantenerlos alejados de las cosechas, para que no se metan a las casas de noche e infecten a la gente de enfermedades tropicales, que fórmulas para mantenernos vivos a nosotros. Yo mismo he estado en equipos de investigación que usan insectos para probar hipótesis que les harían la vida más fácil a los astronautas. ¡A los astronautas! A quién le importa el espacio exterior cuando en la Tierra nos morimos. Y en esos laboratorios se desechan los cuerpos de los bichos con facilidad, se limpian con un trapo y a la basura. Igual nosotros, muriendo por miles, infectándonos a tasas de miedo, experimentando en nuestros propios cuerpos lo que la ciencia debería investigar sin riesgo en un laboratorio.

Miro la siguiente página en el folleto: dos policías golpean al hombre, lo tumban al suelo y amarran sus tobillos y muñecas con una cinta plástica. Se me parece a Jesús descolgado de la cruz. La camiseta negra del hombre flaco recogida, abdomen pálido y costillas marcadas.

Cuando era pequeño, el cura repetía cosas sin importancia mientras yo paseaba la mirada intensa por el cuerpo semidesnudo y polvoso de la estatua de Jesús crucificado. «Levantemos el corazón». «Lo tenemos levantado hacia el señor». Levantaba yo la mirada y me fijaba en los músculos abdominales de Jesús, el paño que apenas le cubría la entrepierna, las rodillas raspadas, la herida de los clavos. Mis ojos eran caricia en su cuerpo desnudo. «Demos gracias al señor nuestro Dios». Gracias a la vida porque Jesús fue el primer hombre que deseé. Me imaginaba que subía a una escalera en

el altar y con un trapo húmedo y agua jabonosa limpiaba todo el polvo de su cuerpo petrificado. El credo que embotaba la cabeza, el deseo por ese hombre suspendido en la cruz, el olor a cirio pascual. «Es justo y necesario». Ay, sí. Justo y necesario.

A diferencia de Jesús, ni los manifestantes del folleto ni yo vamos a vivir para siempre. Estamos condenados a una muerte segura. Nadie nos recordará tampoco, por lo menos no nuestros familiares. Mi amigo Cristóbal siempre decía: «Los maricas no tenemos familia». Cómo me reía yo cuando decía eso. No, los maricas no tenemos. Si algo tenemos son los amigos que nosotros hemos escogido. No es la familia de sangre la que importa porque nuestra sangre está infectada, no de virus, sino de la vergüenza que nuestros familiares han echado sobre nosotros, enfermo nuestro cuerpo por todas las veces que un pariente ocultó nuestra historia. La familia es la de las marchas, la de las fiestas, la de las acciones políticas, la de las vigiliass. Sólo nuestros amigos nos recordarán, los que sobrevivan a esta epidemia. También los que antes que familiares se hagan nuestros amigos. ¿Será injusto decirlo cuando estoy sentado en la cama de mi mamá con estos papeles desordenados delante de mí? ¿Cuándo he vuelto a la casa donde crecí a disminuirme frente a Alba Rosa, mi hermana y mi sobrina?

Me niego a la desaparición, el olvido y la muerte. Voy a oponerme a la crucifixión, a la muerte prematura de los treinta y tres años, al sacrificio del cuerpo y de la memoria. Como mi muerte no va a salvar a nadie de nada, para qué morirme entre martirio y dolores. No quiero. Yo no. Voy a pelearle a la desaparición total. Me niego a que otro cuente mi historia,

a que mi nombre quede en una lista de muertos del virus y nadie sepa quién fui, ni qué hice, ni qué quise hacer.

Cuando recibí de mi papá mi primera cámara fotográfica quise registrarlo todo. Tomé fotos de las fiestas familiares, de los bichos del jardín, de mis amigos del colegio, retratos míos y de desconocidos que vi pasar en la calle. Me aterraba el paso del tiempo. Me miraba en el espejo y me notaba más alto, más gordo, más flaco. Veía cómo el tiempo me cambiaba la cara y me daba angustia. Entonces me tomaba retratos para que la persona que había dejado de existir no se muriera del todo y quedara ahí en la imagen impresa. Alguna vez leí que tomamos fotos de lo que no podemos tener, pero ya no recuerdo dónde.

A la casa del barrio Calvo Sur llegaban semanalmente los fascículos de las enciclopedias que mi papá nos compraba. En mi casa nunca hubo biblioteca, pero una primera versión del mundo me llegó a través de las páginas brillantes e impresas a todo color que se rasgaban si se pasaban sin cuidado. Todas las semanas aparecía el vendedor de los fascículos en la puerta y nos dejaba el paquete semanal. Cada martes en la mañana llegaban diccionarios bilingües ilustrados, enciclopedias, historias del automóvil con su miniatura y biografías de los grandes personajes de la humanidad, todos desmembrados en fascículos que se empastaban en el centro de la ciudad, en imprentas pequeñas y sucias donde hacían el trabajo de pegar el lomo y coser las páginas. Me gustaba ir con Alba Rosa a esas imprentas mugrosas y volver a la casa con los libros ya armados. Me gustaba ponerme a mirar a los muchachos encuadernadores, mirarlos llevar las hojas sueltas, echarles pegante, ponerlas en la máquina que aplasta y devolvernos un

libro nuevo. Qué placer el olor a caucho, a encierro y el olor dulzón del cartón de las tapas. Ese olor y verles los brazos a los muchachos.

Mi favorita fue la *Enciclopedia de los grandes misterios del mundo*. Ahí aprendí sobre los fantasmas de la Torre de Londres, sobre la maldición de Tutankamón que cayó sobre los exploradores ingleses, sobre la lectura del tarot y el monstruo del lago Ness. Aprendí que la muerte soñada no era un infarto, como decía mi papá, sino la muerte misteriosa, sorpresiva y sin dolor de la combustión espontánea. Con la enciclopedia abierta por la mitad jugué al poltergeist y desordené cajones y estantes. Muchas veces entré al cuarto de mi hermana y lancé los muñecos de peluche al suelo con rabia y alegría, poseído de mentiras por el fantasma de mi juego. Cogía las muñecas por las piernas de caucho, les daba vueltas sobre mi cabeza y las lanzaba contra la pared. La furia del poltergeist descargada contra las muñecas de pelo largo y brillante de mi hermana, contra las muñecas vestidas con trajes de satín y zapatos que se ajustaban a sus pies tiesos y parados en punta, contra sus medias al tobillo y sus ojos con párpado móvil, como los de la gente. «Gabriela, yo no fui, fue el poltergeist», le decía a mi hermana que lloraba cuando veía el destrozo.

Siempre repetía, sin entenderlo del todo, el capítulo de la alquimia. Las figuras de la enciclopedia eran un misterio: un basilisco, un huevo dentro del cual ocurrían transformaciones fantásticas, un sapo que se chamuscaba para sacar el oro sagrado. Yo miraba las imágenes y no entendía nada, pero soñaba con hacerme rico como los alquimistas y saber secretos que nadie más sabía. Esos eran mis sueños de niño.

Si hubiéramos sido ricos no hubiéramos vivido en Bogotá, por lo menos no en ese barrio que quedaba tan cerca de la Cárcel Distrital, donde los fines de semana las mujeres entraban a visitar a sus presos y dejaban a los niños descuidados afuera. No hubiéramos vivido cerca del hospital de caridad, donde los enfermos salían a mendigar lo de los medicamentos cuando les daban de alta. Nos habríamos ido de ese barrio donde no se caminaba de noche. Hubiéramos vivido en el país de neblina donde aparecía Nessie, ese otro monstruo de la enciclopedia, y nos habríamos vestido como la realeza de las revistas: Alba Rosa con sombreritos y sastres y yo con ropa hecha a la medida. Mi hermana tendría un poni o un perro de pelo largo como Lassie. Hubiéramos tenido un apartamento con vista al Central Park, en cualquier ciudad que no fuera Bogotá. O de pronto en Bogotá, pero en otro barrio, uno en el norte o en Chapinero, en el Chicó o en Quinta Camacho, donde quedaba la otra casa de mi papá.

Para jugar al alquimista iba a la cocina, me subía a un banquito, sacaba los platos del postre, abría la enciclopedia de misterios y en mi cuarto intentaba mezclas. Leía sobre el basilisco que aparece al aparear dos gallos machos; leía sobre la cola de lagarto que le sale al bicho cuando se obliga a un sapo a empollar el huevo que resulta del apareamiento; leía sobre la sangre de hombre pelirrojo que se quema y se pulveriza para añadir a la mezcla y sobre la transmutación de los metales que nos sacaría del Calvo Sur y de esa vida sin brillo, de la basura que amanecía regada en las calles después del paso del reciclador, del popó de perro callejero que tocaba esquivar en todos los parques de barrio.

Reemplazaba el basilisco con marranitos de humedad del patio y el huevo de serpiente con huevos de codorniz de la nevera. Echaba pétalos de flores del jardín. Maceraba los marranitos con una piedra y mezclaba sus cuerpos con vinagre. Los aplastaba hasta que se hacían polvo y partículas crujientes sobre la piedra. Llamaba a Gabriela y le pinchaba un dedo para sacarle sangre. Ella se dejaba porque yo la amenazaba con contarle sus secretos a mi papá. Decirle, por ejemplo, que se encerraba con su amiguita Camila López en el baño a mirarse dentro de los calzones, o de la vez que le encontré, en la última página del cuaderno de Español, una lista de palabras vulgares y partes del cuerpo que nadie más puede ver.

Echaba los interiores viscosos del huevo crudo de codorniz a la mezcla y me quedaba mirando. No pasaba nada, y tenía que botar esas porquerías apestadas a vinagre en las matas del jardín y chantajear a Gabriela para que no me acusara con mi mamá.

Desde chiquito me interesé en las transformaciones de la materia: el vino en sangre, la hostia en cuerpo, el plomo en oro, el agua en vino. Luego, me esforcé por convertir al estudiante aburrido en emigrado elegante.

Cuando me fui a Estados Unidos cogí la costumbre de mandar mensualmente un paquete de fotos a mi familia en Colombia: imágenes de mi casa, de mi vida en ese país, de mis viajes. Toda la vida mía arreglada en fotos. Hoy le he pedido a mi mamá los álbumes donde ella organizaba los paquetes mensuales, he desprendido el papel fotográfico, he quitado la película pringosa que las mantenía pegadas y ahora las tengo desparramadas ante mí como una baraja de tarot que uso no

para adivinar mi porvenir, sino para darle orden a mi pasado y fijarlo así en el futuro.

La gente hace diarios, luego mira lo que escribió y se acuerda. Para mí es distinto: los álbumes de mi mamá, los recibos de pago, mis papelitos, los programas de conciertos y ballet son mi camino al pasado. Pongo cada cosa en su montoncito, los amarro con un caucho y los marco con el año. Entonces me siento, sereno la cabeza que corre a toda velocidad y me pongo a apuntar recuerdos.

